

se dirigieron a él quejándose de que habían sido destituidos injustamente y suplicándole que les permitiese pasar a ver al Papa en Roma. El rey les concedió el permiso de viajar (1) y les dió cartas. Presentáronse al papa Juan (2) y le expusieron que habían sido destituidos por meras acusaciones no comprobadas. El Papa escribió al rey mandando reinstalarlos en sus puestos, y el rey lo hizo así sin dilación, después de reprenderlos larga y severamente. Pero lo peor fué que no hubo enmienda. Pidieron, sí, perdón al obispo Víctor, y le entregaron los hombres que habían enviado contra él; pero este prelado, teniendo presente el mandamiento del Señor de no vengarnos de nuestros enemigos, no les hizo ningún daño y les volvió a enviar libremente. Por este motivo Víctor fué después excluido temporalmente de la comunidad de la Iglesia por haber perdonado a aquellos enemigos sin el consentimiento de sus colegas, después de haberlos llevado ante el tribunal (lo cual, efectivamente, era obrar contra los cánones, pero no contra el mandamiento de Jesucristo). Sin embargo, por la mediación del rey fué admitido otra vez en la comunidad.

«Aquellos dos obispos, reinstalados en sus sillas por el Papa, cometieron cada vez mayores crímenes; en la acción que Múmoló libró a los longobardos, habiendo entrado armados como los seglares, mataron a muchos enemigos con sus propias manos. En su ciudad desahogaron su ira en varias personas, dándoles garrotazos hasta hacerles saltar la sangre. Al fin los gritos del pueblo llegaron a oídos del rey, el cual llamó a los dos a su presencia, y cuando acudieron no los quiso recibir y mandó que antes se hiciera una información, y solo si resultasen inocentes serían considerados dignos de ser presentados al rey (3). Sagitario, poseído de ira, consideró esta disposición como un ultraje, y como era imprudente y ligero habló muy mal del rey, diciendo que sus hijos no podían sucederle en el reino porque su madre había sido una sierva del difunto Magnacaro. Sin duda ignoraba que hoy, en nuestro tiempo, se llaman hijos de rey todos los que son procreados por éste, sin atender a la prosapia de las madres.»

Este principio, junto con la falta completa de un orden de sucesión, produjo innumerables contiendas entre cuantos pretendientes podían alabarse de tener sangre real en sus venas.

«Cuando supo esto el rey indignóse mucho; les quitó sus caballos, sus criados y cuanto tenían, y les hizo encerrar a cada uno en un convento muy distante del otro a fin de que hiciesen penitencia, dejando a cada uno (por única compañía) un eclesiástico. Al mismo tiempo mandó a los jueces locales, bajo terribles amenazas, que los hiciesen guardar con gente armada para impedir que nadie los fuese a ver.

»En aquel tiempo vivían todavía los hijos del rey, y el mayor cayó enfermo. Los familiares (siervos de confianza) se acercaron al rey y le dijeron: «Si el rey se dignase escuchar a sus siervos, hablarían delante de tí;» y dijo él: «Hablad, decid lo que queráis.» Entonces dijeron: «Acaso hayan sido esos obispos condenados injustamente, y esto, aumentando

Cahors da en una carta el título de patriarca al obispo Sulpicio, de Bourges.

(1) Bs decir, de abandonar sus estados, siendo súbditos suyos.

(2) Juan III, llamado Catelino, que gobernó la Iglesia desde el año 559 hasta 572. Este es el único caso en la obra de Gregorio en que se apela de la decisión de un sínodo al Papa, de Roma. La apelación pasa por el rey, y éste da fuerza de ley a la decisión del Papa. Cuando los obispos criminales fueron destituidos segunda vez por otro sínodo, no volvieron a apelar al Papa, porque no contaban ya con el favor del rey. — Véase Guadet y Taranne.

(3) *Idonei; se idoneare*, justificarse, en lenguaje jurídico de aquel tiempo.

los pecados del rey, podrá ser causa de que el hijo de nuestro amo esté a punto de morir.» A esto contestó el rey: «Andad tan a prisa como podáis, ponedles en libertad y decidles que oren por nuestros pequeñuelos.»

Estos criados serían probablemente unos pícaros que estarían en connivencia con los obispos reclusos; pero Gregorio, que estaba convencido de su culpabilidad, parece, según se explica, que creyó sinceros a aquellos hombres.

«Cuando los dos obispos se vieron en libertad se juntaron y se abrazaron, porque no se habían visto durante tanto tiempo y volvieron a sus ciudades. Estaban tan arrepentidos que siempre estaban cantando salmos; hacían limosnas, de día repasaban los cantos de David, y por las noches leían himnos y se entregaban a meditaciones. Sin embargo, esta santidad se relajó pronto; los dos recayeron en sus antiguos excesos y volvieron a pasar casi todas las noches en festines, y mientras los clérigos celebraban en la iglesia los maitines, ellos hacían llenar otra vez las copas y seguían bebiendo. De Dios ya no hablaban, ni rezaban ya de día las horas canónicas prescritas (4). Cuando iba a salir el sol se levantaban de la mesa, se cubrían con tupidas mantas, y llenos de vino y de sueño dormían hasta la hora tercera del día (hasta las nueve de la mañana). Tampoco les faltaban mujeres para satisfacer sus instintos impúdicos. Al levantarse tomaban el baño y después volvían a la mesa, de la cual ya no se levantaban sino por la tarde. Luego caían sobre la cena hasta que llegaba el alba, como ya hemos dicho.»

Estos obispos romanos y germanos no cedían, pues, en nada, ni en los vicios mas especialmente germánicos, como la gula y la embriaguez, ni en pasión por la guerra, ni en actos brutales, a la sociedad laica de los francos.

«En aquel tiempo un breton, llamado Vinoc, que vivía en la mayor abstinencia, llegó a Tours, de paso para Jerusalem; su único vestido eran pieles de carnero despojadas de la lana, y para hacerle quedar con nosotros, porque parecía muy devoto, le honramos ordenándole sacerdote.

»Ingtruda tenía la piadosa costumbre de recoger el agua del sepulcro de San Martín (5); pero un día no teniendo de esta agua, pidió permiso para colocar el vino en una vasija junto al sepulcro, y cuando hubo pasado la noche, lo hizo quitar en presencia de aquel sacerdote (Vinoc, el breton). Cuando se lo llevaron, dijo al sacerdote: «Quita un poco del vino y echa (en la vasija) solo una gota del agua bendita, de la cual me queda muy poca.» Hízolo así, y entonces, ¡cosa maravillosa! la pequeña vasija, que estaba solo llena hasta la mitad, quedó con aquella única gota llena del todo. Volvióse a vaciar por segunda y tercera vez, y cada vez la volvió a llenar una sola gota. Evidentemente manifestóse también en este caso la virtud milagrosa del santo.»

Aquí tenemos otro ejemplo de la tendencia que dominaba en aquella época hasta entre las personas de completa buena fe como eran las tres personas que lo atestiguan, a ver en todas partes milagros de santos.

«Después de esto, operóse un gran milagro en la noche del 11 de noviembre. Cuando estábamos celebrando la vigilia de San Martín se vió brillar en medio de la luna una estrella, y otras estrellas aparecieron encima y debajo de la luna, viéndose también al rededor aquella aureola que suele indicar por lo regular lluvia. No sabemos lo que esto quería significar (algo había de significar a la fuerza). También vimos frecuentemente en aquel año ennegrecida la luna, y

(4) *Nullus omnino cursus memoria habebatur.* — Mabillon: *De cursu gallicano*, párrafo 6, citado por Guadet y Taranne.

(5) El agua con que se había lavado el sepulcro, a la cual se atribuían virtudes curativas milagrosas; así es que Ingtruda ponía de ella algunas gotas en el vino que bebía.

antes de la Natividad del Señor se oyeron grandes truenos. También aparecieron los rayos resplandecientes al rededor del sol, que se habían visto, como ya dijimos, antes de la calamidad de Clermont-Ferrand, y que la gente ignorante llamaba soles, y según dijeron había salido el mar de madre de una manera excesiva, amén de muchos otros signos maravillosos.

»Vino entonces Gontran Boso con algunos pocos hombres armados a Tours, y se llevó a la fuerza a su hija, a quien había dejado en aquella santa basílica, y la condujo a Poitiers, que pertenecía al rey Chilperico; pero el rey Chilperico tomó la ciudad; su gente derrotó a la de su sobrino, y el gobernador Enodio fué conducido ante el rey y desterrado, quedando confiscados sus bienes. Sin embargo, al cabo de un año pudo regresar a su país y recuperó sus bienes. Gontran Boso dejó sus hijas en la basílica de San Hilario en Poitiers y se pasó al rey Chilperico. Chilperico conservó entonces a Poitiers y tomó de consiguiente la iniciativa contra Gontran y Chilperico antes de que éstos realizasen sus amenazas.

»En el tercer año del rey Chilperico, que era el décimo séptimo de Chilperico y de Gontran (el año 578), Dracoleno, llamado el Ingenioso, jefe de las fuerzas de Chilperico, en Poitiers, valiéndose de medios arteros prendió a Daco, hijo de Dagarico, que había abandonado el partido del rey Chilperico y llevaba una vida errante. Presentóle atado al rey Chilperico en su posesión de Braine, después de haberle prometido, bajo juramento, que le conseguiría del rey le perdonase la vida; pero en lugar de esto, olvidando lo que había jurado, logró con las maldades que contó de él, que el rey le condenara a muerte. Cuando Daco vió que no le quitaban las ataduras y que su muerte era inevitable, pidió sin que el rey lo supiera un sacerdote para confesar (1), y habiéndolo conseguido fué muerto.

»Dracoleno regresó sin dilación a su país, y sabiendo que Gontran Boso intentaba sacar a sus hijas de Poitiers, opúsose a ello; pero como los hombres de Gontran estaban armados, resistieron. En vista de esto, envióle Gontran un amigo suyo (como parlamentario) para decirle: «Bien sabes que entre nosotros existe una alianza, por lo cual te suplico que no persigas a los míos; no te impido que tomes de mis cosas cuanto te plazca, pero déjame ir con mis hijas, aunque despojado de todo, a donde quiera.» El otro, fatuo y vanidoso, como era, dijo: «Mira aquí la cuerda con que otros culpables han sido atados y conducidos bajo mis órdenes al rey; con esta misma cuerda será también él atado hoy mismo y conducido así.» Dicho esto dió de espuelas a su caballo y se fué a galope hácia él, pero el golpe que le dió salió vano, porque su lanza se rompió y su espada cayó al suelo. Cuando Gontran Boso vió su vida en peligro, invocó el nombre de Dios y el gran poder milagroso de San Martín; arrojó su venablo y tocó a Dracoleno en la garganta, el cual cayó del caballo, y una vez en tierra le remató un amigo de Gontran hundiéndole la lanza en el costado. Los que le acompañaban huyeron; su cadáver fué despojado de cuanto llevaba encima, y Gontran partió libremente con sus hijas.»

Esto es, por supuesto, otro milagro hecho por Dios y San Martín a favor de Gontran Boso por haberles invocado en el momento crítico, prescindiendo del cielo y el historiador de los perjuicios irrogados y de los crímenes cometidos por su protegido.

«Después de esto, Severo, suegro de Dracoleno, fué acusado ante el rey Chilperico por sus propios hijos, y cuando

(1) Solo desde el año 1396, en el reinado de Carlos VI, se permitió en Francia la confesión a los sentenciados a muerte. — Ruinart.

lo supo, se presentó al rey con grandes regalos (la mejor defensa en aquellos tiempos y especialmente siendo el juez Chilperico, dirigido por su esposa Fredegunda); pero en el camino fué preso, despojado de todo y expulsado luego del país por la gente del rey, y acabó su vida miserablemente. Sus dos hijos, Bursoleno (2) y Dodo, fueron condenados a muerte por el tribunal, como reos de alta traición (es decir, por deserción ó rebeldía). Uno fué degollado por la gente armada, y al otro, cogido en su huida, le cortaron los pies y las manos y así pereció.» Sus bienes y los de su padre, que eran muchos, cayeron en poder del fisco, como resultado de la pena de alta traición. Estas riquezas fueron probablemente la causa verdadera de su muerte, aunque Chilperico y Fredegunda veían también en todas partes traidores, dispuestos siempre, como debió de suceder en efecto, a pasarse al bando de los otros dos reyes.

«Por aquel tiempo marcharon contra Varoc, hijo del difunto Macliavo, los hombres de armas de Tours, Poitiers, Bayeux, Mans y Angers, convocados por el rey Chilperico, y acamparon a orillas del río Vilane (3); pero Varoc cayó por sorpresa y de noche sobre los sajones de Bayeux y acuchilló a la mayor parte de ellos (4). Tres días después hizo la paz con los caudillos del rey Chilperico, obligándose con juramento a ser fiel al rey y dando a su hijo en rehenes. Restituyó también la ciudad de Vannes bajo la condición de que el rey le honrase con el encargo de gobernarla en su nombre, comprometiéndose en cambio a pagar puntualmente la contribución y todo lo que la corona tuviese derecho a exigir, sin dejarse amonestar. El ejército fué retirado, y Varoc, desentendiéndose de su promesa, envió al obispo Eunio de Vannes al rey Chilperico para hacerle saber que se retractaba de lo que había prometido. El rey, indignado, reprendió al obispo y le mandó sentenciar a destierro.»

Esta campaña y la paz con que concluyó arroja alguna luz, aunque dudosa, sobre la situación política de la Bretaña francesa. Gregorio de Tours llama reinos a los territorios de los jefes celtas, pero añade que estos jefes no eran reyes desde la muerte de Clodoveo, sino condes (*comites*) es, decir, representantes ó lugartenientes de los reyes merovingios, bien que en realidad eran dueños independientes, sin perjuicio de reconocer, en caso de fuerza mayor hasta haber pasado el peligro, la soberanía de los reyes francos. Esto se refiere a la parte occidental del país; Rennes y Nantes no formaban ya parte de los dominios de estos jefes ó *comites* bretones, que no obstante trataron repetidas veces de conquistar estas plazas, y lo mismo debió de suceder con Vannes, que según hemos visto había sido conquistada, porque Varoc prometió en 578 restituirla. Así es que la firma de los obispos de estas tres ciudades en las actas del concilio de Orleans del año 511 no prueba todavía el dominio de Clodoveo sobre los bretones propiamente dichos ó bravos. La sumisión de éstos, puramente ficticia, data probablemente de la unión de los armoricanos con Clodoveo en el año 497 (5).

Los tratados y promesas de los bretones duraron muy

(2) Obsérvese la usion progresiva de los dos elementos, romano y germánico; aquí tenemos a un galo-romano, Severo, cuyos hijos tienen nombres germánicos.

(3) Este río formaba el límite de la Bretaña independiente.

(4) Atendida la división de los territorios que constituían los tres reinos francos habría sido imposible la reunión de un gran ejército. Las fuerzas armadas de que disponían estos reyes eran somatenes de los hombres libres con sus siervos, germanos y galo-romanos, de las provincias, comarcas y ciudades mas próximas al teatro de la guerra. Las huestes ostrogodas y otras, en cambio, eran demasiado germánicas para poder incorporarse elementos romanos ni romanizados.

(5) Según Guadet y Taranne.

poco, porque Gregorio de Tours dice, sin indicar el año, pero seguramente poco después de la última paz:

«Los bretones asolaron terriblemente la comarca de Rennes y penetraron incendiando, saqueando, llevándose prisioneros y destruyéndolo todo, hasta el pueblo de *Cornutiis* (1). El obispo Eunio fué llamado del destierro, pero no se le permitió volver á Vannes, sino que fué enviado á Angers, donde fué mantenido á expensas del comun. Contra los bretones marchó el jefe Bepoleno, que sometió algunas poblaciones á sangre y fuego, con lo cual solo consiguió enfurecer mas á los sublevados.

»En el mismo año los bretones asolaron también terriblemente la comarca de Nantes (2) y Rennes y se llevaron un incalculable botín y prisioneros, dejando destruidos los campos, las viñas y los frutos. El obispo Félix de Nantes les envió una embajada, y ellos prometieron indemnización, pero después no quisieron cumplir su promesa (3).

»En el año 579 convocó Gontran un sínodo en Chalons, el cual trató otra vez de la antigua calamidad, á saber: de los obispos Salonio y Sagitario, acusados de toda clase de crímenes, no ya solamente de adulterios, sino también de asesinatos. Los obispos eran de opinión que para castigarlo, bastaban penas eclesiásticas (*penitentia*), no obstante que se trataba de asesinatos; pero entonces se les acusó también de lesa majestad y de traición al país, por lo cual fueron destituidos de sus obispados y encerrados en la basílica de San Marcelo. De allí se evadieron y anduvieron errantes por muchas comarcas. Sus obispados fueron conferidos á Aridio y Emerito (4), el primero con residencia en Gap y el segundo en Embrun.»

Esta campaña del año 578 motivó las disposiciones que tomó Chilperico respecto de los eclesiásticos que se habían retraído del servicio de las armas, á cuya relación añade el historiador Gregorio otras noticias relativas á medidas tributarias del mismo rey, que nos permiten formar idea de ambos ramos del gobierno interior en el reino franco.

«Hizo pagar (el rey) á los pobres (5) y á los jóvenes sirvientes tanto de la iglesia principal como de la basílica de San Martín la contribución militar por no haber salido con el ejército (60 sueldos); si bien no era costumbre que desempeñasen servicio público alguno.»

En principio no existía exención legal del servicio de armas á favor de las personas dedicadas al de la Iglesia; existía solo como costumbre, aunque no consagrada, ni menos legalizada por el tiempo. Solo alguna iglesia y algun convento disfrutaban de este privilegio, que en caso de duda debía ser probado, como debían serlo también los derechos fundados en el uso inmemorial, equivalente á ley. Gregorio parece admitir para las dos iglesias este último derecho por *opinio necessitatis*, derecho que según se vé Chilperico no quiso reconocer, porque ni una ni otra iglesia tenían título escrito de privilegio especial.

«El rey Chilperico hizo un nuevo reparto de pesadas con-

(1) *Cornuz*, según Coíncio, entre el Saiche y el Bruc, dos afluentes del Vilaine; *Saint-Aubin-le-Cornier*, departamento de Ille-et-Vilaine, distrito de Fougere ó de Corps-Auds, según *Valesius* (Valois).

(2) Guadet y Taranne. Otros leen Vannes.

(3) Venancio Fortunato dedicó con este motivo una poesía al obispo Félix, poesía que se ha conservado.

(4) Ambos prelados asistieron al 2.º concilio de Macon en el año 585. Aridio asistió también al 2.º de Valence en 584. Los dos obispos destituidos habían asistido al 4.º concilio de Paris en el año 573. Esta relación no falta en ninguna copia de la obra de Gregorio, por cuya razón Ruinart opina fundadamente que es auténtica y fué escrita sin duda alguna por Gregorio de Tours.

(5) Los socorridos por la Iglesia. Sobre la beneficencia de las iglesias véase Gregorio de Tours, tomo VII, pág. 29.

tribuciones en todo su reino, tanto que muchos abandonaron sus posesiones y prefirieron emigrar á otros países antes de someterse á tales cargas. En efecto, cada propietario debía pagar por cada arpenta (6) una ánfora (7) de vino. Además de este tributo fueron impuestas muchas otras cargas, sobre los demás terrenos y sobre los siervos (8), que era imposible satisfacer. La población de Limoges, al verse oprimida con tanta carga, se amotinó el día 1.º de marzo (9), y quiso matar á Marco, el comisario encargado, y lo hubiera hecho á no haberle salvado el obispo Ferreol del peligro inminente. La multitud se apoderó de los libros de inscripción y los quemó. Estó puso furioso al rey, el cual envió comisarios que causaron terribles daños á la población imponiendo castigos y hasta la pena de muerte. Se cuenta que tendieron á varios abades y sacerdotes sobre estacas haciéndoles sufrir muchos tormentos, porque los enviados del rey imputaban haber tomado parte en el motin y en la quema de los libros. Finalmente, se impusieron tributos mas pesados.»

Algunos han querido comparar á estos enviados con los comisarios regios de tiempos posteriores, pero mucho antes, y esto es muy natural, se habían servido los reyes para misiones extraordinarias de personas de su confianza. Carlomagno amplió este uso empleando regularmente enviados que recorrían las diferentes comarcas de su dilatado imperio para entender como jueces en delitos menores y faltas.

Chilperico, por su carácter, se excedió tanto en la imposición de los tributos como en la represión del motin y en el castigo de los amotinados, pero no se le podrá vituperar porque apretara los tornillos de la máquina tributaria ni porque enseñara á los obispos, abades y sacerdotes que una costumbre no es un derecho, ni, en fin, porque castigara los insultos hechos á sus funcionarios y la quema de las listas de contribuyentes. Gregorio califica de calumnia la acusación dirigida contra aquellos abades y sacerdotes, pero de su propio relato (V, 27) resulta que el clero se esforzó por eximirse de los tributos impuestos con tanto rigor por el rey.

«Por aquel tiempo fué acusada en Paris una mujer por muchas personas de haber abandonado á su marido y tenido amores con otros (10). Los parientes del marido fueron á ver al padre de la mujer y le dijeron: «Si tú no justificas la inocencia de tu hija, ha de morir para que su adulterio no deshonre nuestra familia. — Sé, — les contestó el padre, — que mi hija es inocente, y lo que dicen los maliciosos es una impostura; pero á fin de que la acusación no continúe, quiero mantener su inocencia por medio del juramento. — Si es inocente, — repusieron los otros, — confírmalo con juramento sobre el sepulcro del santo mártir Dionisio; — á lo cual contestó el padre: — Así lo haré.» Llegó el día de administrar justicia (*in iudicio placito*) (11) y se reunieron los parientes cerca de la basílica del santo mártir; el padre puso sus manos sobre el altar y juró que su hija no era culpable; pero diciendo los hom-

(6) Se entiende de viña. La arpenta era una medida superficial muy variable según las comarcas; la arpenta de Paris era igual á 34'19 áreas.

(7) La ánfora romana, que se guardaba en el Capitolio como medida de líquidos fundamental, equivalía á 25'89 litros. El autor de esta obra dice que equivalía á cosa de 24 litros. Esta contribución subía á un diez por ciento del producto total aproximadamente. Dureau de la Malle: *Memoires de l'Académie des Inscriptions*.

(8) Probablemente un tanto por cada uno, pagado por su dueño, sobre todo en las propiedades rurales.

(9) Día en que, según la costumbre antigua romana, se hacia el reparto de la contribución, para el ejercicio inmediato, que principiaba seis meses después, en 1.º de setiembre, como ya dijimos en otra nota.

(10) Este caso nos ilustra sobre la manera de administrar justicia en causas civiles, y sobre los deberes y derechos en ciertos casos de los miembros de la familia. El autor no dice si los interesados ó una de las partes eran francos. Por lo que sigue puede admitirse que lo eran.

(11) La asamblea de los francos libres, ó hombres de armas.

bres del partido del marido que el padre había jurado en falso, se acalararon, desenvainaron las espadas y repartieron tajos y mandobles hasta delante del altar. Eran gente de cuna distinguida y los varones principales del rey Chilperico. Muchos salieron heridos, la santa basílica quedó manchada de sangre humana; los venablos y armas blancas agujerearon las puertas, y hasta el sepulcro llegaron las armas arrojadas y demás proyectiles. Mucho trabajo costó poner término á la lucha furiosa; el sitio quedó incapacitado para el servicio divino (1) hasta que el rey se hubiese enterado de lo ocurrido. A él fueron á presentarse aquellos hombres, pero no fueron admitidos, sino enviados al obispo de la ciudad á fin de que, si resultaran culpables de los desmanes cometidos fueran excomulgados. Habiendo hecho la penitencia (2) prescrita por la ley, fueron admitidos otra vez en la comunidad de la Iglesia por el obispo Ragnemodo. La mujer, algunos días después, al ser citada ante la justicia civil (3), puso término á su vida ahorcándose.

«En el quinto año del reinado de Childeberto asolaron la Auvernia grandes inundaciones; doce días estuvo lloviendo sin cesar; la Limagne fué inundada y no pudo hacerse la siembra en muchos puntos; el Loira y sus afluentes el Allier y los demás crecieron tanto que también salieron de madre, lo cual jamás se había visto (4), y causaron grandes daños en el ganado, en los cultivos y en los edificios. También salieron de madre el Ródano y el Saona, causando grandes perjuicios á los habitantes y derribando parte de las murallas de Lyon. Cuando las lluvias cesaron volvieron á florecer los árboles, no obstante que corría entonces el mes de setiembre.

»En el país de Tours, en un día de este año, antes de amanecer se observó que pasaba un resplandor por el cielo que desapareció hácia Levante; también se oyó un estruendo como de un árbol que cae en toda aquella comarca, pero que no podía provenir de ningún árbol porque se oyó en una extensión de mas de cincuenta leguas. En aquel mismo año se sintió un terremoto en Burdeos que por poco no derriba las murallas de la ciudad; toda la población quedó tan espantada, que huyó temiendo que se hundieran las casas, por cuyo motivo muchos emigraron á otras ciudades. Este temblor se extendió á las poblaciones vecinas y hasta á España, si bien con menos fuerza. En los Pirineos se desprendieron grandes moles de peña que aplastaron á personas y ganados. En el país de Burdeos muchas casas y graneros ardieron con las cosechas y quedaron destruidos, sin que pudiese atribuirse al fuego mas origen probable que la voluntad de Dios. También la ciudad de Orleans fué asolada por un incendio tan terrible que hasta los ricos quedaron despojados de cuanto tenían, y si alguno consiguió salvar algo, se lo quitaron los ladrones. En el país de Chartres brotó sangre verdadera de los panes al romperlos (5). También padeció mucho entonces la ciudad de Bourges, á causa de una tempestad de granizo. A todos estos signos milagrosos siguió una terrible epidemia; porque mientras los reyes disputaban y hacían otra vez preparativos de guerra, la disentería invadió toda la Galia; los atacados tenían vómitos, fiebre violenta y terribles

(1) *Locus officium perdidit*, el local quedó en entredicho por estar manchado de sangre. — Ruinart. — Este mismo autor cita otro caso notable ocurrido en la vida de San Eligio (*Andoenus*, II, 20).

(2) Una multa en dinero.

(3) Acusada de adulterio, porque los acusadores no se contentaron con el juramento de su padre.

(4) En el mes de octubre de 580, según Mario de Avenches (Aventicus). — Sidonio Apolinar III alaba la Limaña, diciendo que los visigodos cambiarían de buena gana su Septimania si pudiesen trocarla por este envidiable rincón de la tierra, á pesar de estar á la sazón desierto é inculco. — Guadet y Taranne.

(5) Quizás se refiere el historiador Gregorio á las hostias.

dolores de riñones; la cabeza y la nuca les pesaban, y las deposiciones y los vómitos eran de color amarillo ó verde. Muchos decían que aquel mal provenía de un veneno oculto. La gente ignorante llamaba á la enfermedad «viruelas interiores» (*corales purulas, al. pustulas*) (6), y esto es muy creíble, porque aplicando ventosas á los hombros y piernas se levantaban vejigas que reventaban, y si salía pus se salvaban muchos enfermos; muchos también se curaron tomando cocimientos de yerbas de las que se acostumbraban emplear contra los envenenamientos. Empezó esta enfermedad en el mes de agosto, atacando á los niños y pequeños, que sucumbieron; perdimos los carísimos pequeños que habíamos tenido sobre las rodillas ó dormido en nuestros brazos, á los que habíamos dado de comer con nuestra propia mano y habíamos alimentado cuidadosa y solícitamente (7).

»También en aquellos días enfermó gravemente el rey Chilperico, y cuando recobró la salud se puso malo su hijo menor (8), que no había sido todavía bautizado; pero cuando le vieron moribundo le purificaron en el baño del bautismo, y cuando hubo mejorado algo se apoderó la misma enfermedad de su hermano mayor, llamado Clodeberto (9). Su madre Fredegunda, al verle en peligro de muerte, dijo con arrepentimiento tardío al rey: «Mucho tiempo hace que cometemos maldades, y Dios, por su merced, no obstante nos conserva; nos ha castigado á menudo con fiebres y otros males, pero nosotros no nos hemos enmendado, y ahora perdemos los hijos; los matan las lágrimas de los pobres, los lamentos de las viudas y los sollozos de los huérfanos, porque claman á Dios excitando su ira; Dios castiga las iniquidades de los padres con la muerte de los inocentes hijos, y ahora no nos queda esperanza (quiere decir hijo) para la cual tengamos que acumular tesoros; ¡nuestros tesoros adquiridos de rapiña, cargados de maldiciones, quedarán en su día (cuando muramos) en la tierra sin dueño! ¿No rebosan nuestras bodegas de vino? ¿No tenemos nuestros graneros llenos de trigo y nuestros tesoros llenos de oro, plata, piedras preciosas, collares y de toda la pompa de emperadores? Pues mira, otra cosa mas hermosa todavía teníamos, y ahora lo perdemos (los hijos). Ven, pues, si te place y quememos todas las listas injustas de contribuyentes. Contentémonos con los bienes (fisco) que bastaron á nuestro padre y al rey Clotario.» Así habló la reina, golpeándose el pecho con ambos puños; mandó que le presentasen los libros de contribución que Marco había llevado de sus ciudades, los arrojó al fuego y, volviéndose hácia el rey, dijo: «¿Qué vacilas? Haz lo que me ves hacer á mí, á fin de que, si perdemos nuestros dulces hijos, nos libremos del castigo eterno.» Entonces conmovióse el corazón del rey y entregó á las llamas todos los libros de contribución, y cuando el fuego los hubo consumido envió comisionados para impedir en adelante toda exacción de tributo.»

Por un lado causa ciertamente satisfacción ver cómo la bárbara Fredegunda se arrepiente, siquiera pasajera y momentáneamente, al ver á sus hijos en peligro de muerte, y que en medio de este sentimiento, mezclado con la esperanza de aplacar á Dios, restituye lo que había acumulado, esquilmando al desgraciado pueblo productor y despojando probablemente tam-

(6) Así lo traducen Ruinart, Guadet y Taranne, apoyándose en que *corallus* significa *carálaco* y por extensión *interior*, hablando del cuerpo humano, según Du Cange.

(7) Guadet y Taranne suponen que Gregorio habla aquí de sus propios hijos, lo cual podría muy bien ser, pero también puede ser que el buen obispo hable de otros niños á quienes había criado y amado, ó en general identificándose con sus conciudadanos.

(8) Llamado Dagoberto, según Venancio Fortunato.

(9) Que según el mismo Venancio Fortunato tenía á la sazón 15 años.

bien á las iglesias, de cuyas rentas correspondía una tercera parte á los pobres; pero por otro lado se ofrece á nuestra vista Chilperico, pobre rey que se deja arrastrar por su mujer, primero, á tantas acciones perversísimas, y despues, en un momento de cobardía, á la renuncia, no del abuso, sino del uso legítimo y prudente del derecho del soberano de imponer tributos.

»Murió el hijo mas pequeño de extenuacion (1), y su cadáver fué conducido con grandes lamentos desde la hacienda de Braine á París y sepultado allí en la basílica de San Dionisio. A Clodoberto llevaron en unas parihuelas (2) á Soissons, donde le colocaron en la iglesia de San Medardo, junto al sepulcro de este santo, haciendo votos por su restablecimiento; pero debilitado y respirando con dificultad, expiró hácia la media noche. Fué sepultado en la basílica (3) de los santos mártires Crispin y Crispiniano, siendo grandes los lamentos de todo el pueblo. El rey hizo cuantiosos donativos á la iglesia principal y á otras, sin olvidarse de los pobres, que recibieron abundantes limosnas.

»La misma enfermedad se llevó tambien al sepulcro en aquellos dias á Austriquilda, la esposa del rey Gontran; pero antes de exhalar su alma proterva, cuando desesperada vió que no podía librarse de la muerte, quiso tener compañeros en este último trance, á fin de que en su entierro se llorase, si no á ella, á otros. Por esto cuentan que dirigió al rey esta súplica al estilo de Herodes (4): «A no haber caído en manos de malos médicos, tendría yo todavía esperanza de vivir; pero sus brebajes me han quitado la vida y me hacen abandonar este mundo tan precipitadamente (5). Mas, á fin de que mi muerte sea vengada, te suplico y conjuro que me prometas con juramento que harás ejecutar, inmediatamente despues que haya expirado, á los médicos, para que no se jacten despues de mi muerte y para que sus amigos comparan con los nuestros el dolor.» Dichas estas palabras rindió su alma desgraciada (en el mes de setiembre, 581). El rey, despues de verificado el entierro, cumplió de la manera acostumbrada el juramento que habia hecho á su perversa esposa y mandó decapitar á dos médicos que la habian asistido. Muchas personas discretas opinan que esto no dejó de ser un pecado (6).

»Extenuado de la misma enfermedad murió tambien el gobernador Nantin, de Angulema. Vamos á referir las maldades que cometió contra los sacerdotes y las iglesias de Dios. Su tío Maracaro habia gobernado durante largo tiempo aquel país (condado), y despues habia dimitido este cargo para entrar en la Iglesia. Hízose eclesiástico y obtuvo un obispado. Solicitud y diligente, restauró iglesias y seminarios; pero en el séptimo año de su obispado murió envenenado por sus enemigos, que introdujeron el veneno en la cabeza de un pez, comido por el obispo sin recelo ninguno. La bondad divina pronto se cansó y vengó su muerte, porque Fronto, que habia sido el instigador del crimen para apropiarse

el obispado, solo vivió un año, al cabo del cual le alcanzó la justicia de Dios y murió. Despues de su muerte fué instalado obispo un sacerdote de Burdeos, llamado Heracleo, que habia sido en época anterior embajador de Childeberto I. — Entonces Nantin solicitó el cargo de gobernador de aquel condado para descubrir los asesinos de su tío, y cuando hubo conseguido el puesto deseado, insultó á menudo al obispo, diciéndole: «En tu compañía están los asesinos que han muerto á mi tío, y á tu mesa invitas á los sacerdotes complicados en este crimen.» Enconándose la enemistad, Nantin empezó á apropiarse á viva fuerza los bienes que Maracaro habia legado en su testamento á la Iglesia, bajo el pretexto que la Iglesia no podía heredar á una persona asesinada por su clero. Despues de perecer algunos laicos en estas contiendas, hizo Nantin prender á un sacerdote, al cual atravesó con su venablo cuando le llevaban atado, y viendo que vivia aun le hizo atar las manos á la espalda y colgar por ellas de un poste, para averiguar si habia tenido parte en aquel asesinato; pero el infeliz lo negó, se desangró y murió. Indignado el obispo, no dejó desde entonces entrar al gobernador en ninguna iglesia. Cuando los obispos se reunieron en concilio cerca de la ciudad de Saintes, Nantin pidió perdon, para volver á hacer la paz con ellos, y prometió restituir á la Iglesia todo aquello de que se habia apoderado injustamente, y humillarse ante su obispo. Este, conformándose muy solícito con lo dispuesto por sus colegas, concedió todo lo que Nantin pedia (probablemente la readmision en el seno de la Iglesia), encomendó la causa del difunto sacerdote á Dios Omnipotente y volvió á admitir al gobernador. Este regresó á la ciudad, saqueó y destruyó las casas de que se habia apropiado y dijo: «Ya que la Iglesia recobra esto, que lo encuentre por lo menos destruido.» Esto volvió á irritar al obispo, el cual le excomulgó de nuevo; pero poco despues pasó el obispo á mejor vida, y Nantin, á fuerza de halagos y sobornos, ganó á algunos obispos, que le volvieron á admitir en la comunidad cristiana. Al cabo de pocos meses fué atacado por la ya mencionada enfermedad, y cuando la fiebre le devoraba, gritaba: «¡Ay de mí, ay de mí! El obispo Heracleo me está quemando, me atormenta y me llama ante el tribunal (de Dios). Reconozco mi crimen, y tengo presente que he causado mal al obispo sin motivo. Anhele la muerte para no sufrir mas esta tortura.» Cuando esto hubo dicho en la calentura violenta, perdió sus fuerzas y exhaló su alma desgraciada, como prueba clarísima de que el mal le habia sido enviado para vengar al obispo, pues su cadáver se volvió tan negro que parecia carbonizado sobre ascuas. ¡Que todo el mundo medite, pues, con asombro y horror su fin, y tenga cuidado de no causar daño á los sacerdotes, porque Dios venga á sus servidores que tienen fe en El.»

En estas últimas frases se concentra la política y la moral de la iglesia franca, y en general de todos los laicos que se ocupaban en reflexionar sobre moral en aquella época.

No duró mucho el arrepentimiento que la muerte de sus hijos habia despertado en Fredegunda, porque todavía vivía otro hijo del rey su esposo, que le hacia sombra, y que no se libró de su feroz madrastra. Era Clodoveo, hermano del desgraciado Meroveo, hijo de Andovera, del cual se decia que habia causado la muerte de sus hermanastros por medio de hechizos y habia proferido muchas amenazas contra la reina. Como quiera que sea, Fredegunda se sirvió de este pretexto para acabar con este hijo de Chilperico y satisfacer sus feroces instintos en otras personas. Oigamos sobre esto á Gregorio: «Despues del fallecimiento de sus hijos hallóse el rey con su esposa en el bosque de Cuise (7) entregados á su dolor.

(7) O de Compiègne. El original dice *Cotia silva*.

Entonces el rey, á instigacion de la reina, envió á su hijo Clodoveo á la hacienda de Braine, á fin de que pereciera tambien del mismo mal que los otros, porque la enfermedad continuaba allí haciendo estragos; pero Clodoveo quedó exento del mal. El rey, entretanto, pasó á la hacienda de Chelles (1) (situada á la orilla derecha del Marne), en el territorio de París.

»Despues de algunos dias hizo llamar allí á Clodoveo. Este, hallándose en compañía de su padre, tuvo la imprudencia de jactarse diciendo: «Mis hermanos han muerto y ahora queda todo el reino para mí. Toda la Galia estará bajo mi dominio y la suerte me ha destinado todo el poder. Cuando mis enemigos hayan caído en mis manos haré de ellos lo que quiera.» Tambien habló contra su madrastra, la cual cuando lo supo se amedrentó mucho (y razon tenia para ello). Al cabo de algunos dias acercóse alguien á ella, y le dijo: «Si te ves sin hijos es por la maldad de Clodoveo, pues solicita la hija de una de tus siervas y ha hecho morir á tus hijos con los maleficios de la madre de esa jóven; por esto te aviso que nada bueno esperes de él para tí, porque ahora no tienes ya la esperanza de tus hijos, con los cuales habrias podido ser señora de todo.» Esto espantó á Fredegunda, la cual, furiosa ya por la reciente pérdida, mandó prender á la jóven, la hizo azotar cruelmente, despues cortarle los cabellos y colgarla por los brazos de un poste delante de la habitacion de Clodoveo. Igualmente hizo atar á la madre y aplicarle muchos tormentos hasta obligarla á confesar todo lo que le atribufan. Todo esto lo comunicó despues Fredegunda al rey y pidió venganza en la persona de Clodoveo.

»El rey se fué de caza y dispuso que fuese atraído su hijo secretamente al sitio (2). Cuando llegó se apoderaron de él los jefes Desiderio y Bobo (3), le maniataron, le despojaron de sus armas y vestidos y cubierto de mísero ropaje le llevaron á presencia de la reina (4). Esta mandó tenerle preso, porque queria averiguar de él si las cosas habian pasado como se las habian referido, quién le habia dado la idea y quiénes eran los hombres con los cuales se habia relacionado. Clodoveo lo negó todo y se limitó á declarar quiénes eran sus amigos. Pasados tres dias la reina le hizo conducir atado á la hacienda de Noisy, al otro lado del Marne, donde continuó preso y luego fué muerto de una cuchillada y enterrado allí mismo (5).

»Entretanto fueron enviados mensajeros al rey para decirle que Clodoveo se habia suicidado con un cuchillo que todavía estaba en la herida. El rey, engañado con esta explicacion, ni siquiera lloró á su hijo, á quien él mismo, por decirlo así, habia entregado á la muerte á instigacion de la reina. Los criados (del difunto) fueron enviados á diferentes comarcas para dispersarlos; su madre Andovera fué muerta cruelmente, y su hermana Basina, despues de haber servido de ludibrio á los criados de la reina, fué encerrada en un convento (el de Santa Cruz de Poitiers), donde tomó el hábito y vive todavía hoy (6). Los tesoros de todas estas víctimas cayeron en poder de la reina. La mujer que habia de-

(1) *Villa Cala*, á cuatro leguas de París. Batilde, esposa de Clodoveo II, fundó allí un convento de monjas, que se hizo célebre, y en el cual la fundadora vivió y murió virtuosamente. — Ruinart.

(2) Donde á la sazón moraba, es decir, á la hacienda de Chelles, mientras el padre estaba cazando para simular ignorancia de la prision.

(3) Era hijo del jefe Mumoleno. Gregorio de Tours, VI, 45.

(4) Que habia quedado á este fin en su morada. La caería del rey duraba dias y se extendía lejos, como era costumbre.

(5) Noisy (Nucetum) estaba cerca de Chelles. El cadáver del hijo del rey fué trasladado despues solemnemente á París y sepultado en la basílica de San Vicente.

(6) Y donde despues originó confusiones que se relatarán mas adelante.

clarado en favor de Clodoveo fué condenada al fuego, y aunque al conducirla á la hoguera exclamó la infeliz que habia mentido, no le valió, fué atada á un poste y quemada viva. El tesorero de Clodoveo fué preso por Chuppa, el caballero (7), en Bourges y entregado atado á la reina, que le hizo padecer mucho, hasta que por nuestra intercesion le perdonó y le puso en libertad para que pudiese reunirse con el rey.

»Por mucho que añadiésemos á esta relacion no podríamos caracterizar mejor que lo ha hecho el autor á las personas y circunstancias de la época. Allí no habia ley alguna, ni idea de justicia, ni de su administracion; el rey, para que su esposa sacie su sed de venganza enteramente á su gusto, le entrega á su hijo, á la madre y hermana de éste, á sus amigos, sus criados y cuanto poseía, sin que todo esto fuese criticado ni chocara á nadie.

»Despues murió tambien el obispo Elasio de Chalons, que habia sido enviado, para asuntos de la reina Brunequilda, con una embajada á España. Allí falleció de una fiebre violenta, y su cadáver fué conducido á su ciudad, donde fué sepultado.

»Ya hemos dicho que al obispo Eunio, el enviado de los bretones, no se le permitió regresar á su obispado de Vannes sin duda por sospechase que estaba en inteligencia con aquellos celtas. En cambio, fué internado en Angers y mantenido allí á expensas del comun. Despues, habiendo ido á París y estando un domingo celebrando el servicio divino, cayó en tierra dando desaforados gritos, como relinchos de caballo, y arrojando sangre por la boca y las narices. Fué sacado del templo en brazos, pero curó luego. Era excesivamente aficionado al vino y frecuentemente estaba tan ébrio que no podía dar un paso. Sin embargo, no era germano.

»En aquel tiempo entró en la ciudad de Poitiers un lobo, procedente de la selva inmediata. Se cerraron las puertas de la ciudad y el animal fué muerto. Algunas personas sostenian que habian visto ardiendo el cielo. El Loira creció mas que el año anterior despues de haber recibido las aguas del Cher. Un huracan procedente del Mediodía derribó bosques, casas y cercas y se llevó personas, arremolinándolas y dejándolas asfixiadas. Este huracan abarcó una anchura de siete arpentas y no pudo apreciarse su extension longitudinal. Los gallos tambien cantaron con frecuencia al anochecer; la luna se oscureció, apareció un cometa y al poco tiempo se declaró una terrible epidemia. (Presagiada, por supuesto, por todos aquellos signos.)

»Mauricio, obispo de Cahors, padeció mucho de la gota, y á los dolores que le causaba este mal, añadió él mismo otros mayores quemándose muchas veces las piernas y piés con un hierro candente. Entre los muchos que ambicionaban su obispado, eligió por sucesor á Ursicino, que habia sido canciller de la reina Vultrogoda (8); solicitó que fuese consagrado en vida suya y despues murió. Habia sido muy caritativo, y tan instruido en los escritos eclesiásticos que frecuentemente recitó de memoria las diferentes genealogías del Antiguo Testamento, que muchos no aprenden sino con gran trabajo. Era tambien justo en los juicios y defendió á los pobres contra la brutalidad de los malos jueces, segun las palabras de Job (9).»

(7) Ya dijimos en otra nota que tesorero se llamaba al camarero que guardaba el ajuar y los objetos de valor. Camarero, caballero (*comes stabuli*, de donde viene el francés *cometablie*); coopero (*pincerna*) y senescal ó despensero tenian tambien, además del rey, otros poderosos. Los reyes empleaban á estos servidores en multitud de otros cargos de confianza, como jefes de expediciones armadas y embajadas.

(8) Esposa de Childeberto I.

(9) Job, 29, versículos 12-15.